

Cuatro páginas desconocidas de José Asunción Silva

Escribe: ENRIQUE SANTOS MOLANO

Así en el manejo de la prosa, como en el de la poesía, José Asunción Silva aplicó la que podría calificarse de técnica dialéctica. Mientras muchos creían y enseñaban que en literatura lo más importante es la forma, y otros sostenían la prelación del contenido, Silva tomó en consideración ambos aspectos. Las grandes ideas, mal vestidas, se pierden; una excelente envoltura, vacía por dentro, no sirve para nada. Había necesidad de darle al buen contenido un continente igualmente bueno, con el propósito de que la literatura no se convirtiera en pasatiempo de *élites*, sino en un vehículo capaz de llevar la calidad de las ideas a la mayor cantidad de público posible.

Cualquiera que haya leído desprevenidamente las obras de José Asunción Silva, y hecho a un lado el ciego prejuicio de buscar en ellas una intención autobiográfica, comprenderá lo que quiero decir. Silva mantuvo siempre una posición literaria e ideológica marcadamente crítica con respecto a su época y a sus contemporáneos. El ritmo musical y armonioso de sus poesías, la forma suave, tersa y resplandeciente de su prosa, son la envoltura magnífica de ideas maduras que, con frecuencia, no agradaron a nadie, o a casi nadie, en la distinguida sociedad finisecular. La antipatía póstuma, torpemente disimulada en compasión, que sus coetáneos demuestran por Silva, no es gratuita. Silva se la tenía merecida, pues ninguno como él se atrevió a desnudar y a enseñar los defectos de una clase dirigente que se autoconsideraba perfecta. Los regeneradores y los antirregeneradores, los independientes y los radicales, los históricos y los nacionalistas, todo el establecimiento en su conjunto, soportaron a menudo la aguda actitud crítica de Silva. Y nunca

se la perdonaron. Por eso en los ensayos y en las biografías Silva aparece *aislado, solitario e incomprendido*. Esta es una visión distorsionada de la realidad, o mejor dicho, es la visión opuesta de la realidad. Porque conoció y comprendió a su época de una manera exacta, en lo particular y en lo general, Silva no fue un ser ni aislado, ni solitario. Y porque intentó transformarla a través de sus críticas, no fue incomprendido, aunque sí solapadamente rechazado.

En periódicos y revistas Silva dejó bastantes páginas en prosa, hoy desconocidas. Escogí para el *Boletín Cultural y Bibliográfico* cuatro de ellas, muy ilustrativas de cómo las ideas, para que sean comprensibles, deben ir en compañía de buena prosa.

LEYENDA RUSA. En la sesión que efectuó la Sociedad de Socorros Mutuos de Bogotá, el 6 de febrero de 1889, el socio José A. Silva leyó este cuento, adaptado por él al castellano de uno original de María Krisinska. En la reseña que de la sesión trae "El Telegrama", se dice: "*De propósito hemos dejado para lo último dos piezas que por su originalidad llamaron particularmente la atención. 'Leyenda Rusa', por el socio señor don José A. Silva. Es un cuentecito ruso, hermosamente traducido y lleno de originalidad. Su recitación le daba mayor gracia e interés y desde el primer momento atrajo la atención de sus oyentes. Por ella recibió el señor Silva calurosos y merecidos aplausos*". La otra pieza a que se refiere "El Telegrama" es el poema "Bienaventurados los que lloran", de Federico Rivas Frade, que al mes siguiente apareció en libro, prologado por José A. Silva.

LA TORRE DE MARFIL. La postura de aislamiento con relación al grueso público, esa soberbia del artista que lo inducía a erigirse en una especie de sacerdote, obligado a vivir en una "torre de marfil", lejos del mundo y del ruido de la multitud, con los oídos cerrados a todo murmullo, que no cantara en su alabanza, fue una de las cosas que más les reparó Silva a sus contemporáneos. En la carta que le escribe desde Caracas a Baldomero Sanín Cano, dice Silva: "Tengo ahora más horas libres y las aprovecho para conversar a *coeur ouvert* con usted, lo que gracias a nuestra larga amistad intelectual es para mí una necesidad premiosa, después de estos dos meses de encierro en la Torre de Marfil... ¡Y si supiera usted qué horrible prisión es la Torre de Marfil, cuando el encierro vo-

luntario se convierte en prisión...". El artículo "La Torre de Marfil", irónicamente dedicado a Enrique Gómez Carrillo, uno de los teóricos del aislamiento del artista con vistas a su individualización, parece que formaba parte de los borradores de la novela "*Un Ensayo de Perfumería*", cuyos originales se perdieron en el naufragio del vapor "Amerique", ocurrido en Bocas de Ceniza el 28 de enero de 1895.

VIÑETAS DEL NATURAL. "Ejercicios de estilo" solía denominar Silva algunos escritos suyos, que constituyen, además, un desarrollo de sus aficiones a la pintura y muestran la prodigiosa capacidad descriptiva en Silva, y su amplio sentido humorístico, notables en la novela "*De Sobremesa*" y en páginas tan conocidas como las "Transposiciones" y la "Crítica ligera".

A PROPÓSITO DE RUBÉN DARÍO. Sobre la supuesta enemistad de Silva hacia Darío, por motivos de rivalidad en la conducción del movimiento modernista, se han escrito no pocos ensayos. El 10 de abril de 1894, Silva publicó en "El Heraldó" de Bogotá, con el seudónimo de Benjamín Bibelot Ramírez, el famoso poema "Sinfonía color de fresas en leche" donde acuñó el término *rubendariaco* para referirse a los imitadores del poeta nicaragüense. Dicho poema burlesco desató a nivel continental una reacción contra los "rubendariacos", no contra Darío, cuya obra en prosa y en verso había sido convertida, por gracia de sus imitadores, en un galimatías de la peor cursilería. La sátira de Silva iba disparada a sujetos como, entre otros, Abraham Z. López Penha, oriundo de Curacao y residente en Barranquilla, fundador de una "Revista Azul", en la cual se proclamaba el segundo Rubén Darío de América. Podrá deducirse por el artículo "A propósito de Rubén Darío", que no hubo tal enemistad entre Silva y Darío. En cambio, y ya no por cuestiones literarias, Rubén Darío se hizo acreedor a la inquina de Vargas Vila y de Antonio José Restrepo, radicales colombianos que no veían con buenos ojos la ostentación monarquista de Darío, ni su adhesión, no tan desinteresada, a la persona del doctor Rafael Núñez. Por ejemplo, en la nota editorial "Rubendariacos de la política", publicada en el vespertino "Los Hechos" de Bogotá, a principios de 1895, Antonio José Restrepo comenta los *Autógrafos* del Album de Simón Chaux. Uno de los autógrafos, el de Rubén Darío, expresa: "*Lo bello en política es la Monarquía. El Arte es Aristocrático. Madrid,*

noviembre 3:1892". Nito Restrepo le acota: "*En cuanto a Rubén Darío, Cónsul de Colombia en la Argentina —por voluntad del doctor Núñez— si es el jefe de una horda de poetas extravagantes y trasnochados, tiene la gloria de ser también el director de una ridícula cuadrilla de monarquistas, más triste aun que las de toreros que suelen venir de la península... Tiene razón Vargas Vila: el pensamiento de Rubén Darío en el Album de Simón Chaux... ¡hace reír!*".

Años después, apagados y enfriados los odios antinuñistas, Nito Restrepo y José María Vargas Vila se amistaron con el poeta nicaragüense y se cubrieron de elogios mutuos; pero Silva quedó como enemigo de Rubén Darío.

Por razones de comprensible egoísmo, que mis futuros editores comparten, me abstengo de citar fuentes. Estas, y las demás referencias, aparecerán profusamente explicadas en mi biografía crítica de José Asunción Silva, que se publicará a comienzos de 1983.

LEYENDA RUSA

El príncipe, el joven príncipe, tan hermoso como un rey, está mortalmente herido. Cuando andaba de caza por los bosques, distraído con el recuerdo de las doradas trenzas de su mujer, fue acometido por un jabalí, que le atravesó con sus dorados colmillos.

Allí está, tan pálido como un manojo de jazmines, tendido sobre la cama ensangrentada. Alrededor de la cama están llorando tres mujeres: la madre, la hermana y la esposa.

—Vamos corriendo —dice la madre— a casa del nigromántico que vive retraído en lo más recondito de los bosques.

Nadie más que él puede hacer un bálsamo que cure a mi hijo.

Cuando llegaron a casa del nigromántico, este les habló así:

—Puedo daros un bálsamo que curará al príncipe, pero es necesario que me déis, en pago de ese bálsamo, tú, la madre, tu brazo derecho; tú, la hermana, tu mano blanca, con el anillo en el dedo, y tú, la esposa, tu trenza dorada.

La madre dijo: ¿nada más que eso? Y dio su brazo derecho.

La hermana dijo: toma mi mano blanca con el anillo en el dedo.

Pero la esposa dijo sollozando: ¡Ay! ¿Tendré que cortar mi trenza dorada?... No puedo dar mi trenza dorada.

Y el nigromántico se quedó con su bálsamo.

Y el príncipe murió.

Allí están las tres mujeres llorando junto al cadáver.

La madre llora sosteniendo la cabeza de su hijo querido.

La hermana llora a los pies del príncipe.

Y la esposa llora junto al corazón. ¡Junto al corazón que palpitó con un amor tan tierno por sus trenzas doradas!

Y en el sitio en que lloraba la madre... brotó un hermoso río de ondas inmortales, el cual está corriendo todavía.

Donde lloraba la hermana, brotó un manantial.

Pero donde lloraba la esposa se formó un charquito, que se secó en cuanto le dio el sol.

(1889)

LA TORRE DE MARFIL

(A don E. Gómez Carrillo)

Los artistas del fin agitado de este siglo son una especie de mandarines. Sus obras de arte no son hechas para ser entendidas por la multitud y apreciadas por ella, sino para un círculo cada día más restringido de iniciados, de sacerdotes, de oficiantes. El artista se excluye, se encierra en sí mismo, o tiende, sin soberbia y sin vanidad, a separarse de los demás, porque el estudio de su ser lo lleva a gozar de placeres desconocidos para la multitud ignara.

Aun el filósofo se aparta. El individualismo se impone en todos los ramos. Parece como si los hombres se prepararan para sorprender al siglo venidero con personalidades tan bien desarrolladas, con individuos tan poderosos y tan extensos que hayan de causar asombro desde ahora y para entonces.

Las mujeres se han dado también a la cultura intensa de su persona moral. Se apartan por eso del otro sexo. Creen que su unión con el hombre las humilla, las abate, les impide llegar a la plenitud de su ser espiritual. La familia absorbe la atención: el hijo destruye, las faenas de la casa y las miserias del sexo empequeñecen el alma. Así razonan algunas, muy pocas en Bogotá, muy numerosas en otras partes del mundo. Así razona la señora Eutanasia, viuda del general Castillo, jefe que fue de una sección en el Ministerio de Fomento, hasta que a Dios le pareció bien llamarle a su reino. La señora de Castillo no sintió a su marido, pero lo lloró cuanto era oportuno y procedente. Una de las cosas que desde ese día le enrostra a la sociedad es el haberse visto obligada a exhibir un dolor que no tenía. La sociedad es para ella su *bête noire*: el monstruo que tiene la culpa de todos los males presentes, y de las infidencias que le haya de cometer la suerte en lo futuro a esta pobre generala.

Pobre no, sin embargo. El nombre pesado de Eutanasia puede hacer creer a los que no la han visto que es ella una vieja omnímoda, un eterno femenino por lo de la duración y lo de la extensión. No hay tal. La viuda de que yo hablo tiene más de treinta y ocho sin haber llegado a los cuarenta y cinco. Error de siete años en una cifra que no llega a un siglo, es flaqueza de estadista, y de la estadística, o si quieren ustedes, es prudencia laudable en quien escribe la historia natural de un individuo del bello sexo. Está fresca. Si no se arrebolara con intemperancia mostraría una cutis divina, quiero decir, humana. Pero se pinta, yo no sé para qué, aunque no podría negar que lo hace con mucho arte. Los músculos están frescos también, y como se viste lo mejor que puede y no le falta buen gusto, muestra de ellos todo cuanto vale la pena de ser visto sin ofender la decencia. Por este punto no dice ella nada contra la sociedad.

Una cosa insignificante tiene que son los ojos, ni grandes ni pequeños, ni vivarachos, ni amortiguados, ni expresivos, ni húmedos, ni azules, ni verdes, ni negros, aunque parecen todo esto según que la vea usted de lejos o de cerca, de noche o de día, entre semana o el domingo, por la calle o en recibo. El Ministro de los Países Bajos aseguraba una noche que Eutanasia tenía los ojos de Minerva, y un periodista que escribe de arte decía al día siguiente, en alguna parte, que esos ojos negros parecen salidos de un cuadro de Vásquez. Feo, lo que se

llama desagradable, no tiene más que las narices. Son romas, con ventanas muy grandes y muy irregulares, excesivamente movibles y como agresivas.

Es, además, rica, aunque ella no lo sabe, o no lo cree o finge ignorarlo con adorable ingenuidad. Su marido dejó varias casas en Bogotá y allá en la tierra caliente unas fanegadas de pan llevar. Ella no las conoce porque ya se le olvidaron. Estuvo por allá recién casada, cuando tenía diez y seis años, y ya aquellos terrenos no se determinan bien en sus recuerdos.

No es una mujer perversa aunque se lo esté figurando. Es ignorante con igualdad y plenitud, sin que eso le impida el creerse muy bien informada en artes, en literatura universal, en higiene, en filosofía y en lenguas extranjeras. Estas creencias, la de su perversidad y la de su saber, bastarían para hacerla feliz. Sus amigas, sus amigos, sus parientes están casi todos de acuerdo en que es muy inteligente y muy ilustrada la solemne viuda. Le han hecho creer que es muy hermosa además y de ello está muy satisfecha, aunque no tanto como de creerse una erudita, un talento que excede a lo notable, y sobre todo de creerse más mala que el diablo. Con esto le bastaría para ser feliz. Pero resulta, por desdicha, que sus mismos amigos se han esforzado por convencerla de que es muy desgraciada. Su desdicha consistió primero, cuando era casada, en que su marido no llegó a comprenderla. Era, para ella, un hombre de miras muy estrechas. Era un sujeto pasivo que le daba gusto en todo lo que el alcanzaba, pero tan ignorante, el pobre Castillo, que no se podía conversar con él sobre literatura, artes o ciencias. No veía más allá de sus obligaciones para con la Patria, de sus deberes oficinescos.

Por eso fue muy desventurada en vida del difunto general. Al verse viuda se creyó libertada. Le pareció que al través del velo negro y espeso con que cubría un dolor supuesto, divisaba un porvenir de dichas reales, de delicias inteligentes. Leer a Gaboriau, leer a Jorge Ohnet, a Verne, pensar en los problemas que ellos plantean y que parecen imposibles de resolver, era una parte de su programa. Admirar el arte exquisito, el pensamiento profundo en las arengas escritas de Castelar, pertenecía a las más vivas sensaciones intelectuales que se prometía gustar en compañía de sus nuevos amigos la feliz viuda. Recibiría al pintor Galavís, al escultor extranjero Felipponi y con ellos a todas las notabilidades artísticas o literarias de la capi-

tal. Tendrían valor, en donde habían de chisporrotear las ideas y las frases felices con que se engalanarían al día siguiente las columnas más graves de los diarios bien reputados. Se iba a aprender de memoria un poco de poesía filosófica muy trascendental y muy honda; para eso estaban a su disposición los vates pensadores del Atlántico. Iba a recitar esos versos, muy oportunamente, en sus ágapes honestos, unos como banquetes de Platón que se le había imaginado poner en planta.

Todo esto lo había realizado. Ya sabía muchos versos científicos. Entre otros recitaba estos que le parecían a ella un compendio de toda la filosofía de la vida humana:

*“¿Es vicio la virtud? Virtud y vicio
ambos llevan al hondo precipicio
donde César cayó junto a Fultón
y Rosas y Catón junto a Monroe;
y el mismo signo de su lepra roe
a Boves y a Colón.*

*Si es vicio la virtud, yo no lo afirmo;
Si es verdad el error, no lo confirmo;
Pero me atengo al dicho de Cavour:
no solo los Neronos son Leopardos
también hay cerca de los Abelardos
Princesas Pompadour”.*

Placer grande, placer sano y muy suntuoso era escucharla cuando se ponía a recitar estos versos. Su voz que tenía el timbre sonoro de la plata cuando choca contra el cristal, se alzaba en inflexiones expresivas, se ahuecaba otras veces con profunda intención, en ocasiones se hacía tenue como un secreto y cautivaba siempre a sus oyentes.

Su casa era la torre de marfil en donde se le rendía culto exclusivo a ella, al saber, a la salud, a la belleza, al talento de ella. Debía de estar satisfecha y no lo estaba, sin embargo. Había logrado tener lo que quería y no deseaba más nada. Pero la posesión había sido amargada por el solo hecho de poseer. Y como todavía no le habían salido nuevos deseos estaba fatigada, como atónita y sin rumbo. A más de esto les debía a sus admiradores un mal muy grande que le causaron. La hicieron creer lo mejor que pudieron que ella era superior al medio en que estaba viviendo. Tuvo Eutanasia la debilidad de aceptar a aquellos cumplimientos y de tomarlos en serio, casi a la letra.

Empezó a retirarse de sus amigas que dieron en parecerla vulgares, insignificantes, lamentablemente ígnaras o de mal gusto. Odió la calle por democrática y ruidosa; despreció la casa ajena porque no la hablaba a sus sentidos exquisitos ni a su inteligencia refinada, y se puso, por eso, a amontonar en su casa con prolijo trabajo de selección y tras largas consultas, lo que ella y sus amigos creían artístico, distinguido, curioso. Allí hubo antigüedades, cuadros más o menos auténticos, ediciones raras de libros inútiles, autógrafos que ella suponía provenientes, y sus amigos también, de celebridades indiscutibles. Cambió la forma y disposición de su casa, compró otros muebles en que predomina el amor a lo viejo. Las colgaduras variaron de color, y la alfombra se hizo más gruesa y más oscura. El arte y el refinamiento se apoderaron de aquella casa e hicieron de ella una torre de marfil. La dueña es otra torre, y el culto que profesa se llama egolatría.

Pero Eutanasia se fatiga por libros abstrusos. Se puso a leerlos, y el poder sugestivo de los amigos llegó hasta hacerla creer que los entendía. Su gusto distinguido en materia de artes la puso muy por encima de sus amigas, las pobres, de quienes habla con aire de superioridad cuando están ausentes y de protección cuando se atreven a ponérsela delante.

Mirándose a sí misma, contemplando su belleza que es una falacia, cultivando un talento inexistente, despreciando al mundo que ella no entiende, embebecida en el adorno y conservación de su torre de marfil intelectual y material, pasa ella el tiempo y se aburre con intensidad. Ahora se ha puesto a pintar a solas. Admira en secreto sus propias obras; las deja ver, cuando más, de sus amigos los periodistas y cuando la dicen que se está apartando mucho del mundo, se sorprende de que estos, convencidos como están de la enorme diferencia habida entre ella y su medio, se atrevan a proponerla que se vulgareice codeándose con la gente de poco más o menos. Ella vive en sí misma y para sí.

Los artistas del fin agitado de este siglo son una especie de mandarines. Sus obras de arte no son hechas para ser entendidas por la multitud y apreciadas por ella, sino para un círculo cada día más restringido de iniciados, de sacerdotes, de oficiantes.

(1894)

I

Son dos. Las verá usted siempre entre las ocho y las diez de la mañana, cuando el sol empieza a templar la atmósfera de las calles y a producir agitación en ellas. Van siempre juntas y son muy parecidas, aunque la estatura de la mayor es como en dos pulgadas superior a la de la otra. Visten de negro, llevan la mantilla con esa perfección que inventó la señora bogotana para hacer más visible el seno y sugerir las líneas del talle. Rosaditas, frescas, muy robustas y de baja estatura, ágiles, casi precipitadas llevan tras de sí una estela de juventud. Los ojos negros, pequeños, muy redondos, saltones, vivarachos y expresivos, contrastan con el puro color rosado de las mejillas, y con el rojo de los labios. Las narices cortas, un poquito romas, vueltas hacia arriba con no sé qué expresión de desafío, parecen el complemento vigoroso de aquellas dos caras bogotanas, que a no ser por las narices parecerían desprendidas de un cuadro de Murillo. Con el paso precipitado parece que fueran decididamente a sojuzgar el territorio de los varones, y en pos de ellas va siempre uno, o van muchos de sus admiradores.

Cuando pasan cerca a mí bañadas por este sol tibio de la sabana, alcanzo el perfume del sexo y una poderosa sensación de vida y de salud me fluye por las venas:

.....*Venis refusus*
Membra vigor rediviva inundat.

II

“Muévete, álzate, oye que ya da el silbido de marcha”, y por entre una multitud de gente plebeya, inmunda, de voces aguardentosas, que se confunden con el ruido del vapor que se escapa y de las ruedas que empiezan a deslizarse sobre los rieles, mi amigo me impulsa y casi en vilo llega a ponerme en medio de una turba de gente que grita ¡San Juan! ¡San Juan! en el carro del Ferrocarril del Norte. Es de noche; no se ve un palmo; afuera la tiniebla densa interrumpida a trechos por el relámpago lejano, y adentro el olor a prójimo concentrado, el aliento de gente beoda, las vociferaciones de los oprimidos, la voz entrecortada de alguna mujer en celo; el chillido estridente de un niño que se va asfixiando entre aquella multitud de que

forma parte. Yo experimento una sensación indefinible. Parece que no soy un individuo sino un órgano de aquella masa brutal; voy perdiendo la conciencia, las fuerzas, la voluntad, y empiezo a comprender el estado tranquilo, el gozo indeficiente de los que logran solver toda su vitalidad en el Nirvana. Esta sensación se afirma oyendo a alguno que recuerda los peligros a que vamos expuestos: "La caldera está quemada; una rueda no juega bien sobre su eje, falta una pieza de este lado y en el otro hay una rota. Las oscilaciones son muy fuertes en dos o tres puntos de la vía y es muy fácil que esta cuja se escape de los rieles". Las imprecaciones de los temerosos me dejan indiferente: sería dulce pasar a otra existencia en ese momento en que la vida estaba reducida a su minimum, por la anulación casi completa de la voluntad que se me hacía más patente cada vez que pensaba cómo iba corriendo por el querer de un maquinista, cómo era oprimido por una masa desconocida, cómo las manos no podían girar libremente, cómo los pies estaban clavados en su sitio, cómo los ojos eran inútiles por falta de luz, y cómo los únicos sentidos servibles en aquella cautividad del cuerpo y del espíritu, recibían las emanaciones de la especie humana, o los gritos desaforados de la bestia salvaje, el ruido desesperante, uniforme de la maquinaria o el estridor asesino del silbato. Me tocaba el rostro una mano pequeña y un tanto áspera. Era sin duda la de una mujer que me tomaba por su oído. Luego los pases tomaron la forma de caricia; pasaban aquellos dedos por sobre mis barbas y me pellizcaban dulcemente el cuello y las curvas del mentón. Todo se iba haciendo imposible. Yo no sé de qué manera pude hacer el esfuerzo soberano para decirle: "Señora, usted perdone, que yo soy casado", y silbó el pito y una sola voz cavernosa se escapaba de la masa oscura e inconsciente. "¡San Juan! ¡San Juan!", grito que se quedaba atrás y se iba perdiendo en el espacio oscuro y melancólico junto con los ruidos del vapor que se escapaba y de las ruedas que se iban deslizando sobre los rieles.

III

Está el cielo de un color blanco-sucio. Cae con ligeras intermitencias una lluvia finísima, que no moja pero que irrita la piel en los puntos en que la toca, ni más ni menos que un pinchazo con aguja sutilísima. En medio de la calle sobre el polvo ligeramente humedecido está un perro gris en las con-

vulsiones que preceden y determinan la muerte en un organismo envenenado con nuez vómica. El animal no se queja. La poca vida que le resta parece concentrada en los ojos por sobre los cuales no pasa la sombra de la muerte sino el brillo siniestro de la tortura. Las piernas se encogen y se estiran sin ritmo, y a veces vibran como un trozo de madera fijo por una extremidad. El jadeo es rápido, los movimientos del pecho revelan ansiedad suprema.

La gente va pasando, sin mirar al moribundo. Solo dos chicos se paran a contemplar la escena como si fueran artistas. El uno de ellos tras corta observación se agacha a coger polvo humedecido y se lo tira por manotadas en los ojos y entre la boca abierta a la bestia moribunda; el otro sin preliminares ningunos contraviene las leyes de policía y salubridad derramando sobre la piel del enemigo indefenso un líquido transparente, color de oro que se evapora a medida que va cayendo. En los ojos de estas criaturas se ve el gusto cruel del animal inerme que encontrara a un enemigo formidable en incapacidad de hacer daño. El odio recogido por la niñez merodeadora contra los guardianes de la propiedad, se ve en aquellas figuritas mugrientas y medio desnudas.

Un struggleforlifero recostado en la verja de hierro bronceado de un chalet delicioso, contempla la escena con serenidad de emperador romano. El vestido gris se destaca sobre el color de la verja, y por entre los barrotes de ésta se alcanzan a ver las palmas de Australia, los helechos arborescentes, las parásitas de palidez enfermiza que oscilan en sus tiestos suspendidos de alambres delgados, y las ramas aterciopeladas de la capuchina que van escalando los muros color de ladrillo, y matizando lo verde con lenguas de fuego. Pasa un coche rápidamente y unas señoritas que están cerca dan gritos de espanto porque va a despedazar al perro y les va a mostrar sangre. Se cubren el rostro, buscan donde esconderse, siquiera sea las unas detrás de las otras, confundidas, piadosas, llenas de lástima para con el que sufre. El coche para y suben en él para asistir a las corridas de toros.

IV

Para ver el hipódromo he subido a una pequeña altura vecina que lo domina por completo. Pero antes que en el espacio circuido por las estacas rojas y blancas, cuya colocación

tiene la apariencia estúpida de seres humanos uniformados y puestos en fila, me he puesto a fijar en el remoto confín del horizonte y en la gente que se mueve en las bases del cerro donde me hallo. Allá lejos, tras de unas colinas muy bajas, va perdiéndose el sol enorme, sin rayos, como si fuera un trozo de hierro puesto al fuego. El perfil de las montañas se destaca purísimo sobre las nubes negruzcas, sobre el cielo de púrpura, sobre las lejanías opalinas, sobre una nube de color blanco-azulado, semejante a un ataúd gigantesco que se ve allá lejos en las montañas antioqueñas. Hay cierto punto de la sabana en que las colinas parece como que se dieran cita para abrazarse. Allá tienden todas, se van humillando hasta perderse en la llanura con la melancolía de un deseo satisfecho.

Más acá del circo la multitud se estrecha, camina precipitadamente, se coloca sobre la vía férrea a ver el tren que parte o la gente que se aproxima. Las damas solas pasean más lejos, con pausa, gozando del frío sano de la tarde y del espectáculo bullicioso que se presenta a su vista. No logro distinguir sus facciones, ni aplicando el catalejo. Entre ellas hay una, la más alta, la más elegante, que lleva el traje verde aceituna y el sombrero negro de alas muy anchas y adornos severos. Parece que habla poco y contempla mucho. La blancura mate del rostro se hace perceptible a tanta distancia por el contraste con el color del sombrero. Cuando todas gesticulan como si fueran en conversación animadísima, ella va pasando callada, atenta a las gentes y a la naturaleza. Esa forma soberana me hizo decir con Baudelaire:

*Que m'importe que tu sois sage
sois belle et sois triste.*

V

Las tres forman un grupo bien heterogéneo. La madre como de cincuenta años, bien conservada, robusta, de carnación rosada, de músculos redondeados y muy llenos, sin arrugas ni manchas terrosas, revela diez años menos, a pesar de su viudez y de sus dos hijas. Está sentada en el ángulo de un sofá muy antiguo, zurciendo unas medias; y en la fisonomía bonachona se deja ver el gusto con que acaricia los recuerdos que a ella le parecen remotos. Los ojos ni pequeños ni grandes, serenos ya, con fulgor medio apagado, están de acuerdo con la quietud de las facciones y con la plácida expresión de toda

la fisonomía. Cerca de ella, en un asiento bajo, la hija mayor, pálida, con las mejillas descarnadas y marchitas, el ceño fruncido, está leyendo un libro de Rabusson. El sentimiento, la vida de los salones, dos o tres historias, muchos ensueños le han cambiado el color de la juventud y la hacen aparentar diez años más de los veintisiete que cuenta y no confiesa. El rasgo más característico de la fisonomía es una como depresión de los labios en la comisura izquierda. Es una pincelada digna de un artista sicólogo y moderno. El brillo de la mirada, húmedo y enfermizo, revela dolor moral intenso, odio a la humanidad, sobre todo a la parte más hermosa y delicada de la especie.

Tendida en el suelo, medio dormida, vuelta de un lado, con la cabecita puesta en las rodillas de su madre, la niña menor que apenas contará diez años, ostenta la belleza que tuvo su madre y la inocencia que poseyó su hermana. Las hebras como azabache del cabello frondoso tocan la alfombra de color rojo oscuro, después de haber bañado en ondas graciosas todo el brazo izquierdo de la niña y los pies de la augusta señora, que se está mirando en su hija con infinita satisfacción, como diciendo: carne de mi carne, hueso de mis huesos. La contemplación del cuadro al fin y al cabo resulta triste, porque hay en las fisonomías rasgos comunes que nos permiten convertir las unas en las otras con muy leves variaciones. Agregándole cinco años de colegio a la menorcita, y otros diez de íntimo trato con las que ya se andan mostrando en teatros y banquetes, se desvanecerán la frescura de querubín y el brillo modesto de la mirada. Eso no más basta para que las facciones se determinen, pierdan la vaguedad encantadora de los nueve años, y empiece a mostrarse la fatal comisura. La anemia de los diez y siete y los amores con el primo la pondrán igualita a su hermana que hoy la desdeña porque no la entiende. Bastaría que la señorita mayor se casara pronto con un joven rico, de poca malicia y salud fundamental, para que al cabo de los cinco hijos y los quince años las carnes se llenaran un poco, el color indeciso viniera a cambiarse por el sanguíneo de la madre, y el carácter áspero y la piel reseca se suavizaran completamente.

VI

Ayer más tarde que las cinco, después de unas seis horas de oficina, sentí la necesidad de salirme de Bogotá. Vuelta la cara a las Osas, eché a andar de prisa, como perseguido por una

obsesión, como si fuera huyendo de mí mismo. Al pasar de Cintra, en esa leve hondonada que allí forma el terreno, me detuve un instante mirando al oriente. Había delante de mi vista un motivo para un cuadro de escuela holandesa. En el plano suavemente inclinado que forman allí las bases de las colinas, hay desparpajadas, sin orden, chocitas pajizas de tamaño inverosímil y de pobreza napolitana. En derredor de ellas la hierba ostenta todo el verdor que suele en la vecindad de los hogares cuando no la huellan con frecuencia. Por encima de los techos pajizos se levanta uno de tejas nuevecitas, rosadas, muy limpias, simétricamente superpuestas. Los eucaliptus desairados y altísimos, algún sauce tan viejo que ya empieza a amarillear, los arbolocos con su porte de mozos inexpertos, sirven de apoyo a las cuerdas en que las solícitas lavanderas exponen al sereno las ropas blancas. Acaba de ponerse el sol, y la luz purpúrea de ese crepúsculo efímero de los Andes, lucha sin esperanza, con la argentada de una luna creciente, muy vecina a su plenitud, que se deja ver allí arriba sobre las tinieblas traslúcidas que forman como el turbante de las colinas. Por el camino real, enfrente a las casitas, pasa una carreta medio deshecha, rodando en pos de unos bueyes, cuyo paso lento, lento, se acuerda con el aire doliente que entona el carretero medio desnudo y casi borracho. Pasa una brisa leve y fría, y con ella por el mundo una melancolía apacible.

VII

En el salón de la señora Hernández hay gente feliz y amenísima. De tres mecheros de porcelana retorcidos y blancos semejantes a la esperma más pura, se escapa la luz del gas que baña los muros color de aceituna, flordelisados de oro; los muebles modernísimos; la alfombra espesa de color severo; y los cuadros antiguos de marcos florentinos que adornan las paredes. A ese joven de ojos negros y tinte pálido que se sienta a la izquierda, acaban de decirle, como es verdad, que se casó la mayor de las hijas del señor Zela. Y ese joven tan parlero, siempre, tan amigo de ensartar unas en otras las paradojas más absurdas y rutilantes, está esa noche taciturno, haciendo esfuerzos por borrar de su fisonomía las huellas de una preocupación inevitable. Dos o tres veces ha ido a mezclarse en el tema favorito, que es un libro español recién llegado, y por no decir una vulgaridad sabida, dijo más bien un desatino. La preocupación que lo domina se va haciendo extensiva a toda la reunión,

y a poco las frases son ineptas y forzadas, aparece un bostezo, luego otro, y la señora pide el té una hora antes de la acostumbrada. La pesadez del ambiente no se aligera. Por fin, el que había dado la noticia se acerca al más taciturno de todos, al que tenía la culpa de aquel silencio enervante, y le dice bien claro: “Te engañas: *l'ainée, c'est l'autre*”. Diez minutos después rodaba el verbo sublime por aquel recinto, comentando estos versos de Becquer:

*Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas.*

VIII

Un rayo oblicuo del sol matinal penetra por las ventanas de San Francisco y va a herir de lleno un bajo relieve antiguo. Con esa luz cobran vida las hojas de acanto que rodean el escudo y parece que se animaran los leones en que está apoyado. En la serenidad del ambiente vagan las notas del órgano que se mezclan completamente con el sordo murmullo de las oraciones pronunciadas en voz baja por almas devotas cuya vista está fija en el suelo. El polvo finísimo, las aristas leves, las hebritas de lana, los animalitos impalpables que circulan en el aire se iluminan con todos los colores imaginables, al pasar por entre el rayo de sol, y mandan su luz cambiante a todos los ámbitos de la Iglesia. En esa quietud fría que serena el alma y afloja los nervios es dulce contemplar ese mundo infinitamente pequeño, cuya existencia nos revela la de otros mil más brillantes, en puntos a donde no alcanzan nuestros sentidos, ni sus más poderosos auxiliares.

El ruido acompasado de una pisada femenina interrumpe el silencio grave de la iglesia. Es ella. Va pasando con mucho espacio, vestida de negro, sin abalorios ningunos, con el rostro plácido, tranquilo, desnudo de afeites, pálido, expresivo. La disposición del cabello sobre la frente y el óvalo del rostro, hacen pensar involuntariamente en la Venus del Tiziano. Con todo, su belleza no les habla casi a los sentidos. Ante ella los deseos permanecen tranquilos. En el fondo de sus ojos, en la curva sinuosa de sus labios, en el perfil severo de la nariz hermosa se revelan mil sentimientos que no están al alcance de todas las miradas. No tiene la belleza plástica del arte griego. Es la hermosura intelectual, sugestiva, tristísima, que les infundió el cristianismo a las artes modernas.

(1891)

Cuando la luna en su último cuarto menguante iluminaba escasamente, filtrándose por entre los sauces lánguidos, las tumbas marmóreas de los cementerios; cuando los trovadores de cabelleras luengas, que pulsaban la guzla o el laúd en las altas horas de la noche, al pie de las ventanas de los viejos castillos, empezaron a rendirse a la higiénica costumbre de acostarse temprano y levantarse con el alba; cuando las huríes permanecieron mudas a la voz doliente de sus enamorados galanes, y temerosas de que el relente de la noche las constipase, por nada ni por nadie abrían las ventanas de sus balcones; cuando el mundo iba perdiendo la creencia de que caballeros en negros corceles atravesaban de noche los bosques umbríos; en una palabra, cuando el extravío de la imaginación llegó a su apogeo, hasta el punto de que el público comenzó a bostezar con *Antony* y acogía con rechifla *Los Burgraves*, formóse en Francia un grupo de poetas que, si bien eran admiradores de Hugo, Lamartine y Musset, reaccionaron contra los procedimientos de la escuela romántica, dándole el golpe de gracia. Tales fueron, y aún podemos decir que son, los *parnasianos*, que se distinguieron desde el principio por el culto que profesaron a la forma artística, a la nobleza de la rima, al colorido y propiedad de las imágenes y al análisis pasional desligado de quiméricos ensueños.

Pero la labor del espíritu humano no se interrumpe jamás; de cada colmena las abejas toman distintas direcciones y van a dejar el rastro de su miel en las múltiples flores de los campos. Así los espíritus con cada descubrimiento, con cada verdad, con cada principio. La escuela moderna en literatura se dividió y subdividió prontamente, adoptando los diferentes grupos otras tantas denominaciones, según el matiz literario que predominaba en sus obras; de ahí los nombres de *estilistas*, *formistas*, *fantasistas*, *impasibles*, *realistas*, que adoptaron quienes tenían asiento en el cenáculo aristocrático de los parnasianos. Por último, se desprendió de estos un grupo de artistas que, bajo la jefatura de Esteban Mallarmé y Pablo Verlaine, enarbolaron una bandera nueva y tomaron el nombre de *decadentes* y *simbolistas*. Para estos las palabras no son los signos de las ideas, sino apenas “la notación caprichosa y libre de los pensamientos, y más todavía, de los ensueños de cada poeta”. El procedimiento de los decadentes es completamente *fin de*

siécle, como ahora se dice; relación vaga entre la imagen y el objeto, transmutación de cualidades y formas que turban la comprensión, epítetos raros, inesperados y extravagantes, sí-miles de las impresiones que nos producen las cosas y no de las cosas mismas, y otras condiciones de estilo alambicado y sutileza de ingenio que hacen a los decadentes perfectamente ininteligibles para el común de los lectores, lo cual es para ellos su mayor elogio.

Por dicha, en la literatura española, las cosas han pasado de distinta suerte que en Francia. Allí el romanticismo fue apagándose lentamente como lámpara abandonada, sin que fuera reemplazado por ninguna escuela propiamente dicha.

¿Qué pensar pues de un escritor en lengua castellana, por añadidura hispanoamericano, y todavía más, nicaragüense, que se nos presenta vestido con las prendas de un parnasiano degenerado en decadente, sin dejar de ser por eso de pura cepa española?

Tal es Rubén Darío, espíritu francés que habla castellano, talento original, poeta enamorado de la forma, recio en imágenes brillantes, y músico y pintor con las palabras. Cualidades son éstas tan extraordinarias en él, que eclipsan en parte los defectos propios de la escuela decadente que, como planta exótica, representa entre los literatos americanos y españoles.

Como todo escritor original, Rubén Darío tiene desgraciadamente imitadores que le son no poco perjudiciales; de ahí el que se hayan dejado oír entre nosotros algunas burlas, justas en parte, contra los pichones decadentes que en mal estilo y peor castellano, sin poesía, sin arte, pretenden seguir las huellas del poeta nicaragüense, copiándole, por supuesto, los defectos, y en manera alguna sus grandes condiciones, hijas todas del ingenio con que lo dotó la naturaleza y de la educación ática que se dio a sí mismo.

(1894)